

Jean-Marie LASSÈRE, *Africa quasi Roma, 256 av. J. C.-711 apr. J. C.* (=Études d'Antiquités Africaines), Aix-en-Provence, CNRS Éditions, 2015, 778 pp. [ISBN: 978-2-271-07673-1].

Nos encontramos ante una obra que no es sólo particularmente importante sino que a partir del momento actual a nuestro juicio resultará imprescindible. Se trata de una aportación póstuma, puesto que su autor, fallecido en 2011, antiguo profesor en la Universidad Paul Valery-Montpellier III, fue una de las principales figuras de la Historia Antigua y de la Arqueología del Norte de África en la Antigüedad. La potentísima escuela francesa de estudios sobre la Historia del Magreb, en el caso de la Antigüedad, deriva naturalmente de la presencia colonial de Francia en los distintos países de ese territorio, con un origen fundamentalmente más antiguo en el influjo de la Escuela Francesa de Historia y Arqueología de Roma, y después de los programas de cooperación de Francia con dichos países una vez que alcanzaron su independencia como Estados modernos. De esta segunda versión cronológica es precisamente la aportación de J.-M. Lassère, cuya publicación corresponde a un elenco de análisis y trabajos desarrollados a lo largo de prácticamente medio siglo.

Ahora bien, la obra dista totalmente de ser una mera recopilación de los trabajos publicados en momentos anteriores. Por el contrario, los mismos sirven de fundamento para la construcción de su completo y exhaustivo discurso histórico, escrito eso sí en momentos diferentes pero continuamente completado. Hasta el momento el autor era sobre todo conocido en los estudios de Historia Antigua por la publicación en 1977 de su tesis doctoral dedicada a la población del África romana, una magistral obra de referencia para todos los que investigamos esta temática. Entonces inició el título de la monografía con una expresión latina, *Vbique Popvlvs*, que fue reseñada en alguna ocasión como signo de coquetería. Fiel al estilo, en esta obra terminada que entregó para su publicación en una prestigiosa serie de monografías sobre el África antigua, Lassère ha titulado la obra con la expresión *Africa quasi Roma*, y con un marco cronológico particularmente extenso, desde la primera y desgraciada intervención militar del cónsul Atilio Régulo en 256 a.C., hasta la invasión de la Península Ibérica por las mesnadas árabo-beréberes en 711. Un *Africa quasi Roma* que es una consciente provocación a la lectura, en la medida en la que contrapone la intensa (aunque desigual) inmersión en la civilización romana, con otras realidades históricas mucho más extensas y naturalmente actuales: la persistente predominancia de la civilización árabe-beréber.

Como indicamos, a partir de este momento *Africa quasi Roma* se convierte en una referencia bibliográfica imprescindible para los trabajos históricos sobre la Antigüedad en los países del Magreb. La utilización muy completa de las fuentes literarias, epigráficas y arqueológicas, y un descomunal esfuerzo de consulta (no siempre del todo aprovechada, también hay que decirlo, pero ello es absolutamente natural) y de citación bibliográfica bastante completa, resultan hasta apabullantes: hay una definición breve pero más que suficiente, en algunas ocasiones mucho más densa, sobre todos y cada uno de los aspectos que pueden ponerse en cuestión. Hasta cierto punto se trata de una auténtica obra enciclopédica, compuesta por más de setecientas páginas

en un formato que tiene una letra muy pequeña y a doble columna por página, decisión editorial problemática pero con toda probabilidad necesaria dadas las dimensiones de la aportación. Aparte de las correspondientes –y generosas en número– notas, cada capítulo va acompañado de una relación de las fuentes utilizadas, y sobre todo de una bibliografía en la que, es natural, predomina de forma absoluta la historiografía francesa, pero también hay algún lugar para las tradicionales española, italiana y para la emergente de los propios países magrebíes.

En la introducción el autor justifica el por qué de la publicación de otro libro sobre el África romana después de los de tantos autores que enumera (p. 7) pero entre los que, por cierto, curiosamente ignora a P. Romanelli o a Y. Le Bohec, justamente los redactores de las principales y bien conocidas historias anteriores sobre la materia (el silencio sobre S. Gsell está más justificado por su antigüedad). Junto a los capítulos y las conclusiones, la obra está acompañada por una extensísima tabla cronológica (pp. 759-764) y un particularmente útil apartado final dedicado a las fuentes para la Historia Antigua norteafricana, en el que apuesta de forma decidida por completar la limitación de los textos literarios con la epigrafía, y también, sobre todo, con el registro arqueológico en torno al que muestra un conocimiento desigual, con predominio naturalmente de los casos más conocidos por el autor de Túnez. El conjunto de la obra está profusamente ilustrado, con 115 figuras, a las que se unen al final 10 planchas (en el índice por error se enumeran sólo 9) en color que reproducen bellísimos mosaicos romanos del África.

La obra se compone nada menos que de 34 capítulos, a los que se unen algunos de conclusiones que aparecen en cada una de las partes desarrolladas, y una conclusión general, y un epílogo curioso, raramente tratado realmente en los trabajos de este tipo, “De Roma al Islam”, que muestra obviamente la necesidad de, pese a los avances producidos en aportaciones tales como las de Y. Modéran, continuar estudiando datos de una forma detallada sobre todo a partir del registro arqueológico. Los primeros capítulos se integran en un conjunto titulado “La construcción del África romana”, que parte de un análisis sobre los habitantes, los Estados africanos en la época de las Guerra Púnicas, y se extiende hasta la época de los emperadores Flavios, cuando el autor considera que se produjo el verdadero salto adelante del África romana, cuando cambió de faz para aproximarse a otras civilizaciones del Mediterráneo, tomando formas cada vez más greco-romanas. Pese a todo, y sin que ello resulte insuficiente ni mucho menos, debe indicarse que todos estos siglos constituyen la parte más corta de todo el discurso histórico, con un total de 138 páginas.

La segunda parte está dedicada a lo que Lassère nombra acertadamente como el gran momento de apogeo del África romana. Se trata, desde el punto de vista cronológico, de una etapa de algo menos de siglo y medio, desde el 96 hasta el 238, en la cual Lassère ya abandona el análisis de organización cronológica para adoptar un más detenido estudio de carácter temático. De esta forma son analizados en capítulos el equilibrio territorial e institucional, el desarrollo de la economía, la organización y la vida social, aspectos de la *civilitas*, el desarrollo de las religiones paganas, la cristianización del África, las ciudades, las instituciones. Finalmente realiza un particularmente útil estudio sobre cada uno de los territorios de la “división regional”,

desde la Tripolitania en el Este hasta la Tingitana en el Oeste, subdividiendo a su vez (salvo en esta última) algunas regiones concretas con más acusada personalidad o problemática (como en el caso del Aurès y otras zonas montañosas). Se detecta con bastante claridad que éstos son los temas preferidos y, si cabe decirlo también de forma relativa, de un mayor conocimiento por parte del autor, de tal forma que la longitud de estos capítulos sobrepasa ampliamente las de las otras grandes secciones de la monografía: 332 páginas. Curiosamente contrasta la limitación de las conclusiones referidas a esta parte, si bien resulta llamativa en este aspecto la visión “biológica” en relación a los Antoninos de una zona que considera que estaba a la cabeza del imperio en la provisión a Roma.

La tercera parte de esta monografía está dedicada a toda la Historia del África desde el 238 hasta la época bizantina, por tanto en un análisis que se extiende en varios siglos. En los distintos capítulos se analizan el siglo III con sus permanencias y sus adaptaciones, el cristianismo africano del siglo III a partir de su organización y de las persecuciones sufridas, así como lo que el autor considera la apertura producida en el periodo del 285 al 313, las mutaciones del siglo IV a partir del dominio del cristianismo, lo que denomina para el siglo IV “las felicidades” y sus correspondientes límites, las consecuencias de desunión y enfrentamiento que supuso el problema del Donatismo (312-411), para enlazar con la época de los tumultos, a partir del 367 y que terminará con la conquista vándala y la toma de Cartago por los vándalos en el año 439. El discurso histórico de esta tercera parte se completa con sendos capítulos dedicados al reino vándalo, y después a los que incluye con interrogante como “otra Roma, el periodo bizantino”. Si diseccionamos las distintas partes de este capítulo podemos computar unas 138 páginas para el siglo III y Bajo Imperio, 41 para el reino vándalo y 39 para la época de dominación bizantina.

En lo que respecta a las conclusiones, uno de los aspectos que quizás más llaman la atención –teniendo en cuenta el extenso recorrido historiográfico de la cuestión– es cómo el autor, de una forma muy sabia, escapa del ambiente del viejo debate suscitado al final de la época colonialista, en torno a si el África romana había fallecido de muerte natural, por sus propias limitaciones, tesis de C. Courtois, o más propiamente asesinada por los árabes después, tesis de G. C. Picard, lo cual era reflejo del debate previo y bien conocido sobre el final del imperio romano y las invasiones “bárbaras”. De forma a nuestro juicio inteligente el autor explicita aquello que se deduce a lo largo de la obra como es la insuficiencia, cuando no error, de la comparación entre el África romana y el Magreb de los siglos XIX o XX. Rechaza todo parentesco de análisis científico entre el África romana y la Argelia francesa, y considera todavía más ilusorias las comparaciones entre la Antigüedad y el periodo post-colonial. De esta forma, la manera en la que los historiadores, desde Toutain y Gsell, hasta los más recientes como M. Bénabou o P. A. Février, han planteado las cuestiones, no puede menos que integrarse en una revisión imprescindible y revalorizadora más allá de la “ideología”.

Contrariamente a lo apuntado como *communis opinio*, tanto en la historiografía europea como en la magrebí de las resistencias al dominio foráneo, Lassère concluye en relación a la Historia del África romana que la dominación fue relativamente blan-

da, permitiendo la pervivencia de la vida tribal, de las instituciones, de las religiones, e incluso, en época tardía, la búsqueda de un consenso religioso en el cristianismo. Todo ello supuso la existencia no de tanta inestabilidad como de una forma general se tiende a considerar, así como la transformación del paisaje rural, que fue bastante potente, y la coexistencia de los dos modelos, el sedentario y el semi-nómada.

Por lo demás, Lassère apuesta por la existencia de toda una serie de caracteres propios de la historia del África romana, entre ellos considera principalmente los siguientes: la inestabilidad climática caracterizada por periodos de sequía, la unidad geográfica y humana que no evitaba las diferencias entre sectores diversos de montañeses, semi-nómadas o ciudadanos, la plasticidad y adaptación cultural de la población africana, que asimilaba elementos culturales de otros pueblos, la gran permeabilidad de sus devociones religiosas (pero al tiempo adopción incompleta, que en el caso del cristianismo se realizó en forma de sectas rivales), y sobre todo –en un planteamiento coherente en la tradición investigadora de Lassère–, una demografía en constante ascenso. Si el autor pretende huir de la ideología, para centrarse en los análisis técnicos (aunque profundos y analíticos), no deja de enlazar con un cierto (aunque limitado) neo-malthusianismo en su conclusión: la conjunción entre un constante *incrementum habitatorum* y las frecuentes sequías “no podían sino generar males sociales de unas consecuencias a veces graves”. Pese a todo, considera el autor que la degradación fue en realidad bastante tardía y desde luego incompleta, puesto que el África romana sólo sucumbió ante una fuerza exterior –los vándalos– frente a la que los moros se mostraron como aliados de los “romanos”. Con ello, aunque con distintos argumentos, Lassère no deja de enlazar con la posición de G. C. Picard y, sobre todo, con la de P. Romanelli.

Africa quasi Roma, en su edición, ciertamente cambia de forma bastante radical la forma, dimensiones y maquetación, el tipo de papel, etc., de la serie de los *Études d'Antiquités Africaines*, fundada en su día por J. Lassus, M. Le Glay, M. Euzennat y G. Souville, como monografías adjuntas a la emblemática revista *Antiquités Africaines*. Al final de las conclusiones generales, sabiendo ya su destino próximo como el de todos, pide perdón por haber tratado “sin agresividad” pero ciertamente de superar las visiones “políticamente correctas” a lo largo de su producción investigadora. Duda acerca de las preguntas que se formulaba: “al final de este libro, y pronto sin duda de la vida, todavía me estoy interrogando”, todo lo cual suena a enternecedora despedida de un gran historiador. Lassère dedicaba esta obra a la memoria de M. Le Glay y de todos los historiadores, arqueólogos, epigrafistas y filólogos que habían contribuido a restituir el África antigua. Una monografía que deja testimonio de la aportación de un autor que, sin duda, se encuentra entre los principales de ellos.

Enrique GOZALBES CRAVIOTO
 Universidad de Castilla-La Mancha
 enrique.gozalbes@uclm.es